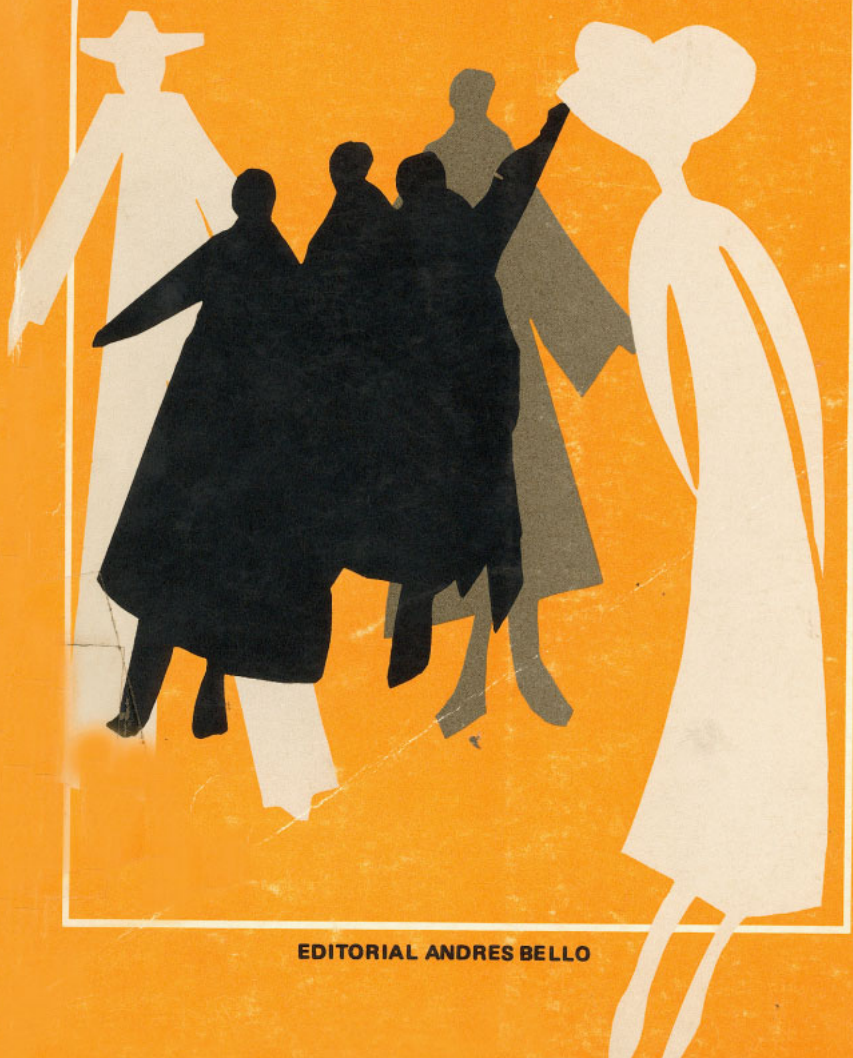


ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

VIEJOS Y NUEVOS FANTASMAS



EDITORIAL ANDRES BELLO

PROLOGO

Es en mí una idea cada vez más arraigada que la literatura americana debe ser una literatura fantasmagórica, en la que se vea a la vida elevada a un delirio original digno del nuevo mundo.

Poe es mi concepto el genio supremo de América, el que dió con un escalofrío inédito, el miedo al tapiz y el miedo al misterio de las bóvedas, las bodegas y el crimen como un ataque simiesco e infernal.

América tiene que ser el misterio visto de otra manera, la dramatización del vacío de la alcoba nueva de la humanidad, la temblorosa emoción de lo virgen, tanto el bosque, como el río, como la recién construída habitación del hombre en esa luz aún incognital.

Aquí tiene que adivinarse la adivinanza de la vida y hay que intrigar con nuevas suposiciones y hay que volver más problemático, más interrogante, más novelesco todo lo que se había quedado monótono y consabido del otro lado del mar.

Hacia donde se pone el sol el misterio tiene que ser mayor, como si se estuviese más cerca de los misterios reveladores.

No está fuera de lugar el descriptivismo, ya que hay que fijar los matices de los mapas nuevos; pero los que quieran remontar el ruralismo inventarial tienen perfecto derecho a remontar ríos, montañas y horizontes sugiriendo lo fantasmagórico.

Lo natural es la fauna, la flora y las costumbres rústicas; pero lo arquitectónico autóctono es ya lo inventado, y si no lo artificial, lo sutilizado, lo que interpreta la originalidad de esos paisajes nuevos, de la interrogación frente a un horizonte más allá de los horizontes, ya que el más allá —y he de repetir algo que he dicho— está hacia donde se pone el sol, o sea, el occidente.

Como retruécano chistoso se dice allá "el otro mundo", de éste, como aquí se le llama viejo mundo al otro.

Yo no incurriré en esa chistosa suposición de que éste sea "el otro mundo" en el sentido medroso que ese juego de palabras suscita; pero sí sugeriré que es la antesala clarividente, atrio inmenso y vital del último término definitivo, living verdadero de la sala última del templo salomónico, del sanctasanctórum.

Situados en esa perspectiva entre el mundo antiguo y el trasmundo, el novelador americano tiene deberes de inventiva superimaginarios.

Los que vinimos de allá esperamos por eso una literatura de sorpresa, de entrechoque de problemas, de avidez sobrenatural; y por eso está bien que Poe hable con soltura extraña de momia que está silenciosa y fajada en los museos y las tumbas de por allá.

En este gran espacio lleno de una luz futural —o sea que está más cerca de la otra orilla de la inmortalidad— los cálculos de la suposición tienen que ser más complejos y al mismo tiempo más dilucidados, o más próximos a serlo, ya que la dilucidación absoluta está detrás de la valla final.

Aquí se tiene que enredar todo más, se ha de enrevesar más gravemente, y por eso apunta en todos un algo metafísico, tanto en el paisano como en el hombre letrado.

No quiere decir esto que yo propugne un arte espiritista, con la liturgia y los tópicos del viejo espiritismo; pero sí un temblor espiritual en una escala de vibraciones más azules, como si se estuviese más cerca de la puerta suprema.

Para concretar más la sugerencia yo diría que la llanura castellana está llena de misterio antiguo, y la llanura pampeana

de misterio nuevo; es decir, misterio redoblado, inquiriente, como contestación de la payada que llegó como un eco de lejanos payadores y que se improvisa con elementos propios de esta orilla que cierra el contrapunto.

¿Pero dónde va a parar este prólogo del prólogo a este bello libro del joven escritor chileno Enrique Campos Menéndez? Pues precisamente a su esencia fantasmagoral.

Por todo lo dicho en tono de profecía me complace escribir este introito a su asamblea de fantasmas, porque Enrique Campos Menéndez está en el buen camino de la inquietación, en el terreno fronterizo del misterio, en la propia novelaría de lo americano universal.

El último término de los fantasmas, el sitio en que actúan como resucitados, el lugar adonde emigran antes de ser mayor verdad de Dios, es éste; y por eso aquí se puede hacer un mejor examen de lo que tienen de seres entre reales y sobrenaturales.

Allí no se sabe si la vida es sueño; pero aquí, por una condición especial y nítida del aire y de la luz, se puede saber lo que tiene verdaderamente de sueño y lo que tiene de vida. Es como una atmósfera mejor para conocer el peso específico de las cosas y lo que se escapa a la pesantez, lo que es puramente espiritual y de los espacios interrogativos.

En Poe ya está este desiderátum entre la pesantez y la levitación, este nuevo contraste entre lo real y lo sospechoso.

Enrique Campos Menéndez en sus primeras pruebas literarias dió el paisaje —paisajes blancos y cumbrales—; pero, como si ese fuese el telón de fondo de su obra futura, con personajes e intrigas, ahora da el mundo móvil de su drama novelesco proyectado sobre su vaga decoración chilena argentina, tan poética en su imponente soledad patagónica.

El joven literato de puro estilo entra en este libro por la puerta del gran laberinto que se va a estrenar y se le ve valiente, osado, emprendedor, turbando las figuras y los sucesos con sus acertijos trascendentales, con sus desvariaciones que amenizan la vulgaridad de la vida, la vulgaridad que no puede ser, la vulgaridad que hay que superar.

Se ve que el escritor se lanza a un más allá que va del Atlántico al Pacífico y no tienen miedo del rebote de sus audacias en el mar penúltimo, ya limítrofe con el Dios de los juicios finales.

Se le ve afrontando distancias, juzgando en última instancia tipos raros, dolores extremos, angustiosas ideas fijas y

—otra vez tengo que aludir a Poe— sin salirse de lo arabesco y sin descrismarse en lo grotesco.

Hay que llevar esas exploraciones hasta la mayor virilidad y saltando sobre las adolescencias a la mayor madurez. Que no se arredre ante los ombúes de sombra que salgan al camino, por mucho que contorsionen y muevan sus brazos. Siempre adelante por ese camino que es el camino señalado, por embarazado que esté.

Su ensayo de fantasmas es un buen ensayo de desafío literario. Su pistola ha dado en el blanco.

Los fantasmas son un delicado tema literario, siempre actual y siempre inactual, lleno de interés, como si fuesen el tuétano o meollo del secreto existencial.

Se podría plantear el siguiente dilema disparatado: “o existen los fantasmas o no existimos nosotros; o no existen los fantasmas, y entonces todavía es más dudoso que existamos nosotros”.

Toda la historia literaria está llena de fantasmas, y su cadena es la que une a los hombres todos con el mundo inmortal de las almas todas. El elemento que eleva el funicular terreno a los espacios altos es este encadenamiento de hombres vivos y fantasmas.

Ha habido fantasmas tétricos o serios y fantasmas alegres y humorísticos, desde Homero a Shakespeare y Dante hasta llegar a Oscar Wilde.

La invisibilidad visible o la visible invisibilidad —en ese juego de palabras está el giro de espejos que hace que tan pronto se les vea como no se les vea y se les pueda volver a ver— hace que no puedan pasar de moda los fantasmas.

Carlyle en *Sartor Resartus* dice algo muy bueno sobre los fantasmas, equiparándonos a todos ellos:

—¿Habría algo más prodigioso que un auténtico fantasma? El inglés Johnson anheló, toda su vida, ver uno; pero no lo consiguió, aunque bajó a las criptas de las iglesias y golpeó las tumbas. ¡Pobre Johnson! ¿Nunca miró las marejadas de vida humana que amaba tanto? ¿No se miró siquiera a sí mismo? Johnson era un fantasma, un fantasma auténtico; un millón de fantasmas lo codeaba en las calles de Londres. Borremos la ilusión del Tiempo, compendiamos los sesenta años en tres minutos; ¿qué otra cosa era Johnson, qué otra cosa somos nosotros? ¿Acaso no somos espíritus que han tomado un

cuerpo, una apariencia, que luego se disuelven en aire y en invisibilidad?"

¿No será el ver un fantasma el verse uno a sí mismo fuera de sí mismo, como en un espejo del aire?

Todo el mundo puede convertirse en fantasma de un momento a otro y no poder ya dejar de ser fantasma, pues los fantasmas al no poder morir no pueden suicidarse.

La identificación de un fantasma es difícilísima, y por eso no se sabe nunca quiénes son, si ellos o nosotros.

Amado Nervo en su fantasía sobre los fantasmas preguntaba como profesor supuesto de psiquismo, a su supuesto discípulo Méndez:

—Usted, Méndez, ¿qué haría si viera un fantasma?

—¡Echar a correr, señor!

—Haría usted muy mal, Méndez. Cometería una imperdonable falta de cortesía.

Después Nervo abunda en razones que obligan a saludar a un fantasma: "Cuando un fantasma se presenta hay que considerar desde luego esto: que ha hecho un indecible esfuerzo para materializarse; que tal esfuerzo obedece a un vivo deseo de pedir ayuda (o quizá darla); que para lograr, tal ayuda el fantasma busca un hombre civilizado".

Por fin Nervo sostiene que un inglés favorecido por la aparición de un fantasma se dirigirá a éste con gran comediimiento diciéndole:

—¿Qué desea usted, gentleman? ¿en qué puedo servirle?

Pero el que mejor ha tratado esta cuestión de los fantasmas es Oscar Wilde, y de Nervo a Julio Camba la ironía sobre los fantasmas viene de él.

El escalofrío de los fantasmas ha sido dado también por George Loring Frost en su Memorabilia:

"Al caer de la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

—Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en los fantasmas?

—Yo no —respondió el otro—; ¿y usted?

—Yo sí —dijo el primero y se esfumó".

Los fantasmas serán indestructibles hasta siempre jamás y ni el cine con toda su luz ni toda su evidencia ha podido acabar con ellos, ni tomándolos en serio ni tomándolos en broma.

El último fantasma será el último hombre que viva sobre

la tierra y que se paseará como el más verdadero de los fantasmas sobre el terráqueo vacío.

Campos Menéndez no trata a los fantasmas irónicamente, sino que los presenta —y ésa es su originalidad— como seres reales, vivaces, dramáticos, obsesionados por su alma fantasmal, comportándose como fantasmas en el mundo de los bultos, no de las sombras.

El joven escritor chileno, lleno de profundas inquietudes, describe sus fantasmas viviendo en la realidad a la par que fuera de la realidad, y un cartel advertidor figura en el marco de su escenario, el clásico cartel de: "El que juega a ser fantasma puede quedar convertido en fantasma".

Fantasmas reales en vez de fantasmas fantasmales tienen un papel serio en el reparto de la película de la vida.

Con sólo ese toque mágico del título los seres y las cosas de este libro iniciador se subvierten, pasan a un plano astral sin dejar el plano terrenal, se muestran según una radiografía que en vez de presentar sus huesos y esa luz de pozo que llevamos dentro, presenta su lado vago, fosforescente, de dramática manía.

La gracia del escritor fantástico que triunfa en este libro consiste en cómo la trampa de miraje de sus fantasmas es que no se les crea fantasmas, y cuando se les va a atrapar se ve que son fantasmas, como ese caballero que cuando ella llega al andén y le descubre con las señales que le habían de caracterizar —hasta tiene en la mano el ramo de camelias convenido— y le grita "¡Fernando!", él responde: — ¡Señora! . . . ¡No! . . . ¡No! . . . ¡Usted me confunde! . . . ¡Yo no soy Fernando".

La voz que une a todos los fantasmas de este libro como un hilván presenta a seres tan bien psicologizados que son como espectros con salida de baño, y entre todos para mi gusto es el mejor ese presidiario del capítulo titulado "Geometría de la reja", ladrón de almanaques del director de la cárcel, que vive ya obcecado por la cuadrícula de la reja aspirando al mundo de la libertad, que es el mundo de las curvas, y que cuando al fin lo recupera ya es el "hombre reja" y delata su pasado carcelario con sólo ponerse un momento detrás de una ventanilla de banco o detrás de un enrejado de jardín.

No sólo la inspiración sino el estilo están muy bien en este libro que camina hacia mayores porvenires, como una escalera automática que dobla las rodillas o corvas de sus

escalones hacia un progreso mayor. Hacia un más allá especulativo.

La prueba del valor de este libro en progresión es que yo prologo ya la segunda edición y que el prólogo en blanco de la primera ha tenido la condición eficaz —que no sé si conseguirá este nutrido de letras, para llegar a la tercera— de agotar todos sus ejemplares sin necesidad de encomios.

Y ahora para terminar, sólo un deseo.

Que no tropiece Campos Menéndez con el inglés Harry Price, que ha gastado toda su fortuna en perseguir fantasmas, aunque en su libro “Confesiones de un cazador de fantasmas” no tiene más remedio que admitir un fantasma verdadero de cada mil, y eso es ya bastante, pues ese uno junto a los 999 falsos puede ser siempre aquél con el que nos encontremos.

*Ramón Gómez de la Serna
Buenos Aires enero 1944.*

P R E L U D I O

A mis osados lectores les recuerdo que la palabra **preludio**, significa, de acuerdo a su etimología latina, (pre, antes; ludere, juego) antes del juego. Es decir que aquí, en este preciso instante, estamos en la puerta entre lo real y lo prodigioso, entre lo concreto y lo mágico. Es, por consiguiente, responsabilidad vuestra, dar el paso y traspasar el umbral o quedarse en la actualidad donde creen que están.

Hecha la advertencia, tengo que confesarles, que no sé exactamente donde residen los fantasmas. Yo he venido encontrándolos, casi sin buscarlos, a partir de algún crujido, apenas perceptible, en alguna casona de madera del viejo Punta Arenas, en la pasarela del entrepunte de algún barco parecido a aquél que sirvió a mis héroes de "Los Pioneros", para traerlos a su tierra prometida. Pero donde más patentes se me hicieron, fue en aquella época brillante del Buenos Aires anterior a la era de Perón, en la década del cuarenta, cuando la gran ciudad retenía aún crudos en su crisol cosmopolita, a los millones de inmigrantes europeos, que se esforzaban por enfundarse en los moldes de la ética del Martín Fierro, la mitología gauchesca de las bravuconadas generosas; o en ese límite arrabalero con filo de puñales, donde aún campeaba algún compadrito de sombrero al ojo, saco negro ajustado, y pañuelo al cuello, que escribía con sus pies embrujados por los compases de los bandoneones, su patética filosofía tanguera; o en las luces de la marquesina del Maipo, de donde surgían aquellas tentadoras bataclanas tan esperadas por todos y que, de pronto, desaparecían cariñosamente raptadas por algún magnate porteño

en sus suntuosos "Packard" cabriolé . . . Ese Buenos Aires que reía con los monólogos de Pepe Arias, se desgañaba en la hípica aclamando la imbatible destreza de Leguisamo, aplaudía a Toscanini en el Colón y, luego, de etiqueta, se iba a tomar el ritual chocolate con "locatellis" en la Confitería París. Eran las épocas del Racing del "chueco" García y de nuestro Livinstone; de copetines en el Petit Café, palmeras en la Confitería del Gas y tés en Harrods; en que para "estar", había que leer la vida social de la revista "El Hogar" y su "pescatore di perle", y el "Para Ti", cuyas portadas se iluminaban con las bellas con sombreros dibujadas por la mano maestra del chileno Manterola. Eran los tiempos en que "La Prensa" recogía las inquietudes espirituales de los grandes pensadores universales y "La Nación" publicaba a Ortega, Unamuno y Guerchunoff. En que el escenario político, se concedía un hueco para decorarse con la romántica figura del socialista Alfredo Palacios o las aceradas críticas de Lisandro de la Torre, que sentaba cátedra desde su mesa del Pedemonte. Eran esos los momentos en que el doctor Bernardo Houssay, Eduardo Braun Menéndez y Leloir, ya concitaban el interés de los jurados del Premio Nobel por sus investigaciones científicas y el teatro se estremecía con las actuaciones de Catalina Bárcena, del joven Magaña o con la cancha histriónica del viejo Muíño. Ese Buenos Aires bullente y cosmopolita, a cuyo puerto arribaban el "Cap Arcona" y el "Augustus"; que atraía a su imán de Palermo, la riqueza de la pampa verde, simbolizada en aquellos escarapelados toros *Shorthorn* que se vendían en millones; en que Mecha Santamarina, remataba Renoirs, Degas y Manets, que sobran en sus colecciones de impresionistas. La época dorada del polo de los Andrada, Menditegui y Alberdi, del "Roff Garden", del Alvear Palace, donde las dulces melodías del crooner Don Dean, arrancaban suspiros a las niñas, o las más agitadas del "Gong" o las más trasnochadas del Tabaris con su secuela del puchero de amanecida en el Río Bamba. Ese Buenos Aires del dólar a cuatro pesos, en que los suntuosos taxis, que se deslizaban por las calles con adoquines de quebracho, se revestían en invierno de una magnífica carrocería cerrada; en que todo hombre soltero, que se preciara, tenía su "garconiere" y todo caballero casado, una despampanante mantenida con departamento puesto y chófer a la puerta. Ese Buenos Aires, en que Spinelli le hacía treinta trajes de maravilloso corte, a Clark Cable, y todo se decía con

orquídeas . . . El del Jockey Club, de Florida; de las alhajas de Guthmann, y las pieles de las López. El de las marquesas pontificias, doña Adelia Arilaos de Olmos y doña María Unzué de Alvear, de las procesiones a la Virgen de Luján, de las pláticas pías de Monseñor de Andrea. Ese Buenos Aires, de las peleas magistrales de Landini y nuestro Fernandito, en el Luna Park; de Fangio y Gálvez, uniendo a cien por hora las carreteras de Provincia; de velorios con café y cognac, entierros puntualmente organizados por Lázaro Costa, casamientos en la Merced y misa de doce en el Pilar. Ese Buenos Aires, que iba en busca del sol a La Cumbre; de aguas termales, a Rosario de La Frontera, y veranos a Mar del Plata. Ese Buenos Aires, que de espaldas a América, miraba a Europa de frente a frente, de igual a igual. Ese Buenos Aires, cultural; invadido por los inmigrados españoles entre los que alzaba su voz filosófica Ortega; su sabiduría histórica, Sánchez Albornoz y los conocimientos penalísticos Jiménez de Azúa. Esos españoles que lo llenaban todo con palabras, palabras en los cafés, en los diarios y revistas, en las cátedras y las conferencias . . . Y las editoriales que surgían, como floración de todo este mundo inquieto, pensante y hablante: Losada, La Sudamericana, Estrada, Atlántida, El Ateneo, Emecé . . .

Fue en ese torbellino en que se sacudía la gran urbecosmopolita, donde pude identificar a mis fantasmas. Se me acercaron sigilosamente y los recibí vinieran de donde vinieran, con sus variadas trazas, condiciones y circunstancias. Y ellos, en retribución, me fueron entregando la clave de sus destinos, con las que armé mi primer libro donde traté de darles el espejo para que grabaran en él las expresiones de sus rostros espirituales, que de lo contrario se irían desleyendo en el tiempo.

Ramón Gómez de la Serna, el gran escritor creador de las "greguerías", reparó en mi audaz esfuerzo y me regaló para encuadrar a mis fantasmas, el marco de un prólogo con fosforescencias iluminadoras; Jorge Luis Borges, más de una vez, me detuvo de un brazo en alguno de los pasillos de Emecé, para proponerme formas para aprovechar con nuevas perspectivas el desdoblamiento mágico de mis personajes. Así salió, alentada por Mariano Medina, el infatigable impulsor de Emecé, la segunda edición de mi libro, que por supuesto, me conquistó nuevos amigos, fantasmas y de los otros. ¡Cuántas veces dialogamos con Silvina Bullrich, que andaba entonces con la redoma de su primer ángel a cuestas, sobre el horizonte que

imaginaba para su ambición literaria y que ahora sería apenas una gota de agua en medio del mar del éxito de sus creaciones! Y con el romántico y dulzón Alvaro de las Casas, y con don Ricardo Baeza, ese maestro del idioma y gran traductor de Wilde y de Shaw, que fuera Embajador de España en Chile; y con Eduardo Blanco Amor, el galleguísimo y magistral orador que sabía poner en bellas palabras cuanto pasaba en el mundo y a quien le debemos la gratitud de su “Chile a la vista”; y don Ramón Pérez de Ayala, prócer de la generación del 98, con su puntería de mira telescópica, que se gozaba de dar en el blanco de cada sujeto; y mi primo y admirado amigo, Armando Braun Menéndez, con su señorío cultural enhebrando nuevas iniciativas espirituales y publicando sus deliciosas “pequeñas hitorias”; y Edgardo Garrido Merino, nuestro Premio Nacional, con su andar lacerado, tratando de colocar sus artículos que eran débiles réplicas del sacudón literario de su obra maestra “El hombre en la Montaña” . . . Y mis colegas de Embajada: Pepe Eyzaguirre, que volcaba todo su refinamiento humano y culinario en su maravillosa revista “Saber Vivir”, y Armando Mooock, que me invitaba a brindar una y otra vez con los personajes de sus obras teatrales y que él se empinaba como si bebiera almas de fantasmas; y María de Maetzu, con su aire sufragista; y Bioy Casares, a la caza de sus propios fantasmas que tanta y tan justa fama le han dado; y ese remanso ancho y lento que era el espíritu de Eduardo Mallea, en el que se copiaran tantos de los reflejos del alma argentina; y ese bailarín de inquietudes y “chimentos” porteños, que tan bien caricaturizaba Mujica Láínez, y . . . tantos otros y otros. Y aquél mago de las letras y de las diagramaciones, llamado Hermelin, que nos vestía los libros como un Spinelli bibliográfico; y aquél corrector de pruebas que tenía cara de cura, modales de cura, y que iera . . . cura!, que nos limpiaba la prosa como el más eficiente lavaseco . . . Fue entonces, con la colaboración del periodista Sofovich, que edité aquella revista literaria llamada “Alcor”, que llevaba en cada número un signo del zodiaco y que llegó a cumplir su vida entera en una sola estación . . . Y así pasó una época brillante, deslumbradora; la época en que Buenos Aires se transformó realmente en la capital de nuestro idioma . . . Y en medio de esas luces y deslumbramientos, fueron apareciendo mis fantasmas.

Hoy, muchos, muchísimos años después, los redescubro y los rescato de su limbo. Me he dado cuenta que mis viejos

fantasmas, están allí, tan vivos como antes; tan lozanos en sus livideces como cuando los encerrara en mis primeras ediciones. En estos últimos tiempos, revivida mi manía de entonces, he vuelto a soltar sobre la muchedumbre humana, esta vez, en la millonaria Santiago, mi anzuelo de pescador. Y han ido cayendo, uno a uno mis nuevos fantasmas. Los que he pescado en esta actualidad, con todos los alardes de la tecnología y de la ciencia, —verdaderos asombros cotidianos—, y observo que no son diferentes a los antiguos, los que he invitado a tomar asiento entre las páginas de este libro nuevo. Debemos tener, sin embargo, cierto cuidado al dar vueltas las hojas, pues dada su reciente instalación a lo mejor o a lo peor, algunos de ellos, el de la noventa y seis o el de la ciento trece, puede que aproveche la apertura descuidada, para echarse a volar y deje la página manchada de blanco con su súbita ausencia hacia su no ser existencial.

No se apenen por mis viejos fantasmas, porque ellos, sé que se sienten muy felices en la intimidad de un libro; en cuanto a los nuevos, confío, que con el tiempo, se sentirán en su casa. No olviden que los fantasmas son seres que están con un pie en el más allá, y que participan así de un horizonte que los hombres que llamamos normales con ambos pies en el más acá, no podemos imaginar y, que por ello, solemos tenerles tanto temor y respeto. Los fantasmas se nos aparecen como seres exóticos, extraños, pero puedo asegurarles que son más reales de lo que pensamos, porque ellos ya participan en cierto modo, de la otra dimensión, esa que fatalmente nos aguarda y que está tan cerca de nosotros como la muerte. Ellos encarnan una forma de muerte viva, y por ello pueden sonreír y cantar un viva a la muerte.